

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

LAS PALABRAS DE LA TRIBU: HABLA Y ESCRITURA

Juan García Garmendía

Hay momentos en que la arbitrariedad retórica de ciertas terminologías se acerca de una manera más primitivamente mágica a la escueta realidad de lo que pretende nombrar.

Tal es el caso de la palabra tribu aplicada al mundillo vascófono de las letras (valga también aquí la convención generalizadora del término letras). Vamos, que éste que les habla escribe en dudosa coíné hispánica se siente al respecto de su pertenencia tribal más aborigen que autóctono. Más aún, cuando se ve obligado a centrar su intervención en su experiencia como escritor-traductor en un territorio que, periclitada su bravía inaccesibilidad geográfico-histórica de antaño, mantiene sin embargo su lengua propia tercamente impenetrable, no sólo para casi todos ustedes, sino incluso para la mayoría de sus habitantes.

La otra alternativa, la de elaborar un retalado discurso teórico, supera, no sólo mis presuntas luces, sino también –lo que ciertamente resulta más definitivo– mi disposición natural a tales especulaciones, esto es, mis ganas. Si, de todas maneras, alguien encuentra material para ello en estas particulares reflexiones, no necesita mayor permiso que el de su propia temeridad para hacer de mi capa (en el sentido objetual más inocuo) un sayo (palabra que es eusquera ortografía vale por ensayo, precisamente).

<<Tribu>> versus <<Polis>>

Habiendo prácticamente agotado ya las dosis de ingeniosidad lingüística por línea cuadrada humanamente asimilable, me he jurado no jugar de la misma gisa con el segundo término de la oposición. Y, en un arranque de seriedad, aseveraré que:

- En una situación con las características diglósicas de la vasca, incluso el espécimen más supuestamente tribal tiende a tener configurado su polo político (*polis* en este sentido técnico), cuando no ambos dos, dominado por el idioma dominante (no pediré perdón ni por la redundancia ni por los cacofónicos ecos connotativos). Así pues, la relación es más bien de traducción –formal o no– de

lenguaje de *polis* dominante o lenguaje de *tribu* dominado (obsérvese la concordancia, nada vizcaína) que aspira a instaurarse como *polis*. Quien paga el pato, una vez más, es, evidentemente, la tan necesaria autonomía (lingüística, *of course*), si bien puede quedar hegemónicamente satisfecha la hipocresía idioemblemática de quienes, aun no conociéndola, aman más apasionadamente que nadie nuestra entrañable etc...

- Dentro de propio idioma dominado y dependiente, por otra parte, y además de las evidentes limitaciones individuales y sociales, hay otro elemento *natural* que distorsiona el sano juego dialéctico (juro que no hay especial intención juguetona en la coincidencia de términos) entre habla local y lengua común: los dialécticos. El todavía escaso desarrollo del lenguaje de *polis* vasca no ha alcanzado el punto en el que su influjo frene significativamente la fragmentación y compartimentación en hablas diferenciadas del lenguaje de *tribu*; o, dicho de otra manera más coherentemente poética: la *tribu* con las tribus. Con lo que, incluso en el caso de estar bien avenidas (lo cual casi contradice per se el concepto de tribus), y si bien es cierto que, en idílica teoría, dicha diversidad podría ser sanamente vivificante, se plantean problemas nada desdeñables en la cruda práctica, en la que, aparte de que, como es sabido, cada vascoparlantillo tiene su librillo, cada tribu tiene sus tribulaciones. (Con respecto a las tribus *sociales* de variado pelaje, no creo que sea necesario advertir que la situación de diglosis cabalgante hace que sean prácticamente impermeables al vascuence, fuera de cuatro guiños simbólicos; o tal vez sea más ajustado decir que la euskara sería en su conjunto con respecto a ellas una tribu más entre las tribus).

Así, cuando a uno le toca bucear en las profundidades de *su* habla más tribal, buscando, por ejemplo, registros marginales o equivalencias expresivas válidas siquiera como propuestas, debido a la carencia de precedentes documentales (los cuales, de haberlos, correrían también el mismo riesgo), debe aplicar una cierta autocensura con respecto a lo que sería descarada y gratuitamente localista, a lo lamentablemente excéntrico, lo afectado... La tentación vuelve a ser la misma: el calco del idioma dominantes (principalmente del calco *purista*, esto es, el que tranquiliza la conciencia formal ante el semántico crimen de esa lengua) tiene todas las ventajas: es, por supuesto, más *inteligible*, menos pedante, (post)moderno... y, sobre todo, más descansado.

Hablando de descanso, siendo el lugar en el que nos encontramos tan propicio a él, y habiendo abusado ya sobradamente de su cortés abulia, en no ocurriéndoseme mayor entretenimiento, terminaré con la socorrida anécdota personal, esperando que –más por milagro que por cálculo-, además de ilustrar un pelín menos coñazamente lo anteriormente expuesto, sirva tal vez para aclarar mi actitud ante la creación y renovación del lenguaje, respondiendo a la pregunta clave de todo activista de escritorio, por muy escéptico que se postule: ¿qué hacer, pues? (dicho sea con racial coletilla).

El Instituto Vasco de la Mujer, alias Emakunde, encargó una campaña audiovisual antisexista al conocido humorista Antonio Fraguas, Forges, a quien tanto debe mi aprendizaje del román paladino actual. Por un en principio afortunado guiño del destino, resulté ser yo el encargado de verter sus pergueños viñetados a verbo euskaro. Encantado –sin penar siquiera en lo arduo que me resultaría llegar a cobrar mis honorarios de una entidad tal, empeño en el que continúo inmerso-, me puse rápidamente manos a la obra, disfrutando –uno es así- del placer del desafío como un jubilado logópata con un damerograma maldito. Tras varias sesiones de imposibles vencidos varios, con el orgullo de lo brillantemente conseguido, pero con la modestia que me correspondía como colaborador subordinado, di en insinuarle a Antonio (perdón por la confianza) que a ser posible tratara de no basar estructuradamente el chiste en idiotismos (más perdón) y en juegos de género gramatical, ya que ello obligaba alastrantes manipulaciones translatorias en un idioma, como el vasco, gramaticalmente *no sexista*. La cordial conversación tuvo su colofón fáxico a los pocos días en la forma del siguiente imperdible texto para traducir:

<<Unos>> cardan la lana
<<otras>> tienen la fama

Espero que nadie piense a estas alturas que el eusquera carece también de refranes y sentencias, así como de maldiciones y blasfemias... Así que, armándome de valor y encomendándome a don Resurrección María de Azcue, compuse la humilde obrita maestra que me atrevo a transcribir a continuación en doble versión al uso folklorista:

Astarrak behorrari
hankamoz

*El burro (macho) (dice) a la yegua
paticorta*

Creo que la propia traducción macarrónica establece claramente la acendrada tribuidad de mi versión (cuya única equivalencia exacta sería, pues, el original de Forges, q.e.d.). Para más cabal entendimiento, digamos que en el conocido refrán subyacente los animales son el tordo (no el mirlo, por razones colorísticas no por improbables menos obvias) y el cuervo (en otra versión menos extendida y menos *bruta*, la sartén y la marmita), y el epíteto (en ambas) culinegro. La situación de la historieta era una de chóferes en la que la calamidad resultaba ser del género masculino.

Cuestión, pues, al fin y al cabo, de humor. De mi propia jocundidad al traducir, esto es, al crear (pues –y esto es quizás, de todo lo dichoescrito, lo único que no es un juego de palabras, pues no en vano no es mío- toda traducción es creación y toda creación es traducción). Previamente, de la –inconsciente, quiero suponer- humorada del amigo Forges; y, posteriormente, de los responsables de la campaña, que han tenido a bien, o no enterarse, o, contra lo que parecería previsible, encontrarle el chiste al asunto. Resta, finalmente, que el público tenga también la suficiente alegría de espíritu, y ganas de emplearla en ello, como para que lo que a primera vista resulta ciertamente estrambótico se decante, no hacia lo ridículo, sino hacia lo divertido (siendo la diversión, como es, aventajada forma de nemotecnia, a más de goce en sí, con lo que la palabra así incorporada sólo tendría parangón en la letra entrada a sangre: vital contraste de placer y dolor). Cuestión de actitud, pues, como señalábamos ya desde el principio.

Me dirán ustedes que en esta historia queda la Academia de la Lengua sin sonreír siquiera, pero, bueno, tampoco somos una tribu perfecta.